

## La perspectiva mexicana de América Latina

LEOPOLDO GONZÁLEZ AGUAYO

### *Introducción*

Una de las cosas que saltan primeramente a la vista al abordar este tema es la ausencia de estudios sobre el particular, lo que no deja de suscitar reflexiones. En el presente trabajo no pretendemos abarcar el grueso de los elementos que condicionan las relaciones de nuestro país con la extensa región que pueblan los países del subcontinente. Nuestro propósito se limita simplemente a intentar un análisis apenas esbozando algunas ideas a partir de determinadas hipótesis dadas en buena medida en el periodo de las relaciones más recientes.

Debemos decir que nuestro propósito original quedaba circunscrito a un breve estudio de la actitud de México con respecto al ensayo de integración más acabado del mundo subdesarrollado: el Pacto Andino. Al establecer el primer esquema hemos encontrado una serie de actitudes políticas latinoamericanas paralelas que se han sucedido a gran velocidad a últimas fechas, coincidiendo con lo que nos parecía ser un cambio en la estrategia general de México con respecto a la América Latina.

Queremos hacer partir nuestro trabajo de la hipótesis que supone que, hasta años muy recientes, prácticamente los que se inician con la actual administración gubernamental que principia sus funciones en diciembre de 1970, la política exterior de México estaba envuelta en un velo legalista enmarcado por los diversos principios, de todo mundo conocidos, cuyo sostenimiento en cualquier caso se ha tratado de justificar como un medio de defensa del país frente a la política de las grandes potencias. Actitud defensiva sobre la que no parece haber dudas durante toda la época independiente hasta la década de los años 30 de nuestro siglo. Política que evidentemente no tiene las mismas justificaciones a partir de la Segunda Guerra Mundial.

De 1945 a 1973 el país, al igual que Argentina y Brasil, va adquiriendo una cierta estatura internacional favorecida por factores internos y externos. Entre los primeros cabía considerar: 1) cierto éxito en sus programas de industrialización; 2) mantenimiento de un equilibrio político interno, a partir de 1940 a través de regímenes de derecha. Entre los segundos: 1) concesión a México por parte de la potencia estadounidense de un trato más favorable que el que le estaba reservando anteriormente, o menos malo que el

destinado a los países medianos y pequeños del subcontinente; 2) resquebrajamiento de los antiguos imperios coloniales; 3) a consecuencia de esto último, surgimiento de numerosas naciones a la vida independiente en Asia y África principalmente bajo el elemento de un gran entusiasmo popular, aunque basado en realidades económicas y sociales bastante precarias.

Ahondando sobre este último punto debe decirse que tanto México como Brasil y la Argentina fueron consolidando el cierto peso internacional al que nos hemos referido, basados fundamentalmente en el plazo relativamente largo en que llevaban ensayando fórmulas para el desarrollo y su capacidad interna real para financiar tales ensayos. Situación que por sí misma los hacía sobresalir de los otros países de la comunidad latinoamericana.

Retornando a nuestra primera hipótesis debemos aclarar que el actual gobierno mexicano empezó a plantearse un cambio en su estrategia política hacia América del Sur en función de ciertos reajustes internos que se fueron condicionando dentro de: 1) las diversas alas del actual equipo gubernamental; 2) la actitud de Estados Unidos. En el primer semestre de 1971 el ala liberal o "progresista" del citado equipo gubernamental se impuso visiblemente a la conservadora en algunos aspectos que condicionaban la política exterior. La pugna interna terminó en ese entonces en favor del sector avanzado, decidiéndose en la famosa matanza de estudiantes del 10 de junio de 1971.

En esos momentos el desencanto producido en el equipo dirigente mexicano a causa de la política estadounidense hacia México era de tal magnitud que se le puede considerar como factor coadyuvante al replanteamiento radical de las relaciones de México con América Latina.

Debe anotarse también algo sobre la tradición diplomática mexicana hacia el subcontinente. La etapa de la diplomacia de la lucha armada de México y las pugnas con Estados Unidos se prolongarían hasta la tercera década del presente siglo. En el curso de la cuarta década se empieza a abandonar el énfasis puesto en la diplomacia nacionalista para ser substituida por la de la colaboración con la potencia estadounidense, estrategia iniciada durante la Segunda Guerra Mundial que logró su máxima expresión posteriormente durante el régimen del presidente Miguel Alemán Valdés. Huelga decir que al finalizar el periodo de la diplomacia nacionalista el gobierno mexicano se preocupó por desarrollar amplios contactos con los países latinoamericanos, por razones estratégicamente elementales. Con base en ello Lázaro Cárdenas tenía planeado realizar un viaje a los países latinoamericanos en 1936, que empezaría por Colombia. Por el contrario, durante el régimen de las relaciones más estrechas con la potencia estadounidense dichos contactos languidieron salvo con ciertos países con cuyos regímenes valía la pena mantenerlos estrechos, como las relaciones del régimen de Miguel Alemán con la Argentina del régimen del general Juan Domingo Perón. Puede afirmarse sin temor a equivocarse que, los negocios personales que sostenían algunos miembros del entonces equipo dirigente mexicano con destacados miembros

del peronismo mantuvieron las relaciones, en más de una ocasión, a niveles muy cordiales.

El régimen de Adolfo Ruiz Cortines empezó a apartarse de las relaciones estrechas que su antecesor mantuvo con Estados Unidos, aunque no varió sustancialmente su interés por ampliar las relaciones con América Latina.

Por el contrario, el presidente Adolfo López Mateos entendió que uno de los ejes fundamentales de la estrategia externa debía pasar por América Latina, intentando crear un pilar capaz de contrabalancear la influencia estadounidense. En esa época la América Latina vivía el sueño dorado de la integración económica regional que despertó muchas ilusiones, al menos hasta 1964. El viaje del presidente López Mateos por Venezuela, Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú, en enero de 1960, ilustra el interés por reiniciar el estrechamiento hacia el subcontinente. Simultáneamente el caso cubano permitió a México hacer énfasis en su deseo de mantener una diplomacia independiente de Washington, aunque en la práctica tales aspiraciones hayan prohiado agudas posiciones encontradas dentro de los miembros del equipo gubernamental.

La política latinoamericana del sustituto de López Mateos, el presidente Gustavo Díaz Ordaz se dividió en dos periodos: 1) el de las líneas generales del lopezmateísmo que abarcó de 1964 a 1967; 2) el del alejamiento de los regímenes nacionalistas latinoamericanos encabezados por el de los militares peruanos que tomaron el gobierno de Lima el 3 de octubre de 1968. De la primera época debe recordarse la pública condena del presidente mexicano a la invasión de la República Dominicana por la marina estadounidense para ahogar un movimiento popular, condena expresada en abril de 1965 en su declaración de apertura de los trabajos bianuales de la CEPAL reunida en México, así como la propuesta del propio presidente de México en la reunión de presidentes en Punta del Este, en abril de 1967, en el sentido de crear un sistema de integración "reservado para los latinoamericanos".

En el periodo que va de fines de 1968 al primer semestre de 1971 la posición de algunas delegaciones oficiales mexicanas a reuniones internacionales se mostró zigzagueante. Así ocurrió en la reunión bianual de la CEPAL en Santiago, en abril de 1971; la reunión especial realizada en Ginebra para decidir la sede de la III CONUCYD, un mes antes, en marzo de 1971; y la reunión preliminar de la III CONUCYD realizada en Lima en octubre y noviembre de ese año. La posición de las delegaciones mexicanas a dichos eventos se distinguió por la impugnación sistemática de las propuestas radicales chilenas y peruanas, lo que originó que fueran catalogadas por algunos comentaristas internacionales (Marcel Niedergang, *Le Monde*, noviembre 14 de 1970) como "aliados de predilección de Estados Unidos en América Latina".

Otras manifestaciones, como la sustitución de Felipe Herrera a la dirección del BID por Antonio Ortiz Mena con "gran entusiasmo del presidente

Nixon", no ayudaron a la buena imagen mexicana entre los sudamericanos. Menos aun colaboraron declaraciones como las del ministro de Hacienda de México Hugo B. Margain, en los primeros días de enero de 1972, al aludir a la posición de México al respecto de la reforma monetaria internacional y a los debates de la reunión preliminar de Lima realizada dos meses atrás, dejando aclarado que "como a México no se le quiere admitir actualmente como país del Tercer Mundo", no se opondría a que el "Club de los 10" lo aceptara en el nuevo grupo financiero "a 20", entonces en vías de formación.

El reajuste de cuentas interno del que ya hablamos, influyó seguramente en la decisión presidencial para asistir a la III CONUCYD y testimoniar en forma severa el apoyo mexicano al proceso de liberación del pueblo chileno. Propósitos que el presidente sostuvo aun en contra de la opinión de algunos de sus allegados que no consideraban oportuno hacer tales pronunciamientos en esos momentos, según el mismo presidente lo aclaró pocos meses después.

De lo anterior se desprende que las relaciones con Estados Unidos y la posición de la derecha mexicana han influido directamente en la actitud del país con respecto a los países latinoamericanos. Particularmente con aquellos que sostienen posiciones radicales como había ocurrido en las relaciones con la Cuba revolucionaria.

Hasta el 6 de febrero de 1969 los militares nacionalistas peruanos apenas obtuvieron una declaración favorable del nuevo embajador de México en Lima, al momento de presentar sus cartas credenciales, a pesar de la existencia de una opinión pública mexicana entusiastamente inclinada por las posiciones peruanas como había ocurrido años atrás con el Irán de Mossadegh, el Egipto de Nasser y la Cuba revolucionaria: El convenio firmado en abril de 1968 entre PEMEX y la Empresa Petrolera Estatal del Perú que preveía el amplio otorgamiento de asistencia técnica y créditos de parte de la empresa mexicana, a fin de asistir a los peruanos en su diferendo con Estados Unidos a causa de la afectación, desde el 9 de octubre de 1968 de los bienes de la Internacional Petroleum Company filial de la Standard Oil de New Jersey, no se sabe que haya tenido efectos prácticos notables. Curiosamente, las primeras declaraciones oficiales de muy alto nivel dadas por funcionarios mexicanos felicitando al proceso nacionalista iniciado por los militares peruanos, se dieron hasta octubre de 1972, de boca del actual Secretario de Relaciones Exteriores Emilio Rabasa.

Durante las manifestaciones más álgidas del conflicto peruano estadounidense, a fines de 1968 y principios de 1969, Chile, Colombia, Ecuador, Bolivia e inclusive Argentina expresaron sin reservas su apoyo oficial a los peruanos. El 9 de abril de 1969 el entonces ministro de Relaciones Exteriores de México Antonio Carrillo Flores apenas alcanzó a expresar "su satisfacción" un día después que el régimen del presidente Nixon decidió "aplazar las sanciones" económicas previstas por la legislación estadounidense contra países que decretasen la afectación de bienes pertenecientes a ciudadanos es-

tadounidenses que no fuesen acompañadas de "pronta, adecuada y efectiva" compensación.<sup>1</sup>

Se puede pensar que la inercia del prestigio de la política exterior de México logró mantener las relaciones con una América Latina efervescente sin deteriorarse. Particularmente en momentos en que los países sudamericanos del Pacífico realizaban grandes iniciativas reivindicativas y lógicamente esperaban el apoyo mexicano. Seguramente que esa misma inercia, el peso específico de la patria de Juárez y el respeto que guardaban los sudamericanos por sus posiciones tradicionales, impidieron que las dudas y suspicacias que suscitó aquella estrategia no se tradujera en ataques excesivamente violentos. Aunque ello tampoco impidió que en algunas ocasiones sus representantes e inclusive el nuevo director del BID Antonio Ortiz Mena se encontraran ante situaciones bastante comprometidas.

1. *Aparte de las consideraciones que hemos manejado en la introducción, este breve ensayo lo deplegaremos también sobre las siguientes hipótesis:*

Hasta la llegada del nuevo equipo gubernamental mexicano, a principios de diciembre de 1970, puede afirmarse que buena parte de la política de México en América Latina estaba regida por lo que denominaremos el "equilibrio entre polos hegemónicos latinoamericanos". Como veremos adelante al alterarse en los últimos años dicho equilibrio se ocasionará la búsqueda de nuevos reajustes en la política exterior mexicana (y Argentina) con respecto a los países del subcontinente y, en especial, con respecto a los nuevos bloques económicos subregionales. En esta época encontramos también tratando de abrirse paso, la idea de hacer de México un "puente" entre los países desarrollados y los menos favorecidos de los subdesarrollados, tesis que comentaristas como Robert Escarpit presentarán como la búsqueda de una nueva identidad internacional, a la que alude el propio presidente de México en su Informe del 10. de septiembre de 1972.

Algunos lectores se preguntarán sobre la existencia de polos hegemónicos en el subcontinente. En realidad la existencia de tales polos se destaca desde la época colonial, teniendo por sede las cabeceras más importantes del poder político, económico, cultural y religioso en que estaba dividido el poder español en América. Durante el gran crisol de la colonia las élites criollas de los grandes virreinos se ocuparon por perfeccionar los lazos de dependencia de las regiones y los pueblos que más tarde constituirían las naciones pequeñas y medianas. Las élites u oligarquías de las regiones que quedaban en la periferia de los centros hegemónicos aceptaron en buena medida el tutelaje por diversas razones, entre otras el de la seguridad que tal situación

<sup>1</sup> Leopoldo González Aguayo, "El Conflicto Petrolero Peruano", *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto de 1969.

brindaba a sus privilegios. Estos hechos caracterizaron a la Nueva España y el Perú virreinal. Sin embargo, no hay que olvidar que en la práctica ha habido subcentros de hegemonía, lo que ha traído alguna complejidad a las relaciones entre élites y oligarquías latinoamericanas. Tales subcentros se pueden localizar o se han localizado en: *a)* Guatemala con respecto a El Salvador, Honduras y Nicaragua; *b)* Colombia y Perú con respecto a Ecuador; *c)* Chile, en cierta medida, con respecto a Bolivia. Y durante la época virreinal: Bolivia, Chile y Ecuador con respecto al Perú; Paraguay en respecto a Buenos Aires; y aunque parezca paradójico, Puerto Rico con respecto a Venezuela, y Cuba con respecto a México, además de buena parte de Centroamérica también con respecto a este último país.

Durante la colonia la estructura monopólica de las relaciones comerciales, la dificultad de las comunicaciones enormemente penosas por las grandes distancias, y la propia estructura social así como la de la propiedad parecen haber condicionado la cierta dependencia de unas regiones del subcontinente latinoamericano con respecto a otras. Independientemente de que todas estuvieran sometidas al predominio español.

Al devenir la época independiente la hegemonía de México sobre buena parte de América Central y sobre algunos países del Caribe, siguió conservándose por la persistencia de las relaciones culturales y comerciales. aun después del fallido intento de anexión al Imperio de Iturbide. En el Perú, la oligarquía criolla no parece haber estado en medida de poder mantener su influencia que se extendía originalmente a tres de sus actuales vecinos, dada la consolidación del fraccionamiento de este vasto territorio en Estados independientes. El virreinato del Río de la Plata cuyo territorio originalmente dependía del virreinato del Perú, a fines de la colonia española se había convertido en un centro muy activo de comercio (generalmente al margen del monopolio formal español) cuyo centro: Buenos Aires, irradiaba su influencia por la inmensa llanura hasta el actual territorio de Paraguay y Bolivia. Al sobrevenir la independencia de España los dos países se encontraron, en buena medida, a merced de los intereses económicos de la oligarquía criolla argentina que, en el caso de Bolivia se acentuó después de 1880, cuando perdió su única provincia marítima (Arica) a manos chilenas, mientras el Paraguay padecía ya la nueva influencia desde la destrucción del país en la década de los años 60 a consecuencia de la Guerra de la Triple Alianza.

Todo ello ocurrió mientras Inglaterra lograba imponerse a la joven Unión Americana arrebatándole el dominio económico del subcontinente, llenando el "vacío" que dejaba España. Sin embargo los Estados Unidos retomaron la iniciativa a mediados del siglo pasado en México y la Región del Caribe, extendiéndose paulatinamente hacia el sur. En los primeros decenios de este siglo sólo quedaba Argentina y Uruguay como zonas de influencia británica la que se conservó hasta 1949. La caída de la América Latina en las zonas de influencia británica y estadounidense condicionó nuevas direcciones en las líneas de dependencia de las oligarquías nacionales del subcontinente, así

como debe haber influido para que se diluyeran aún más las que guardaba la oligarquía criolla peruana al respecto de las mantenidas sobre los países periféricos.

Durante las convulsiones de las primeras décadas de la época independiente, los centros hegemónicos lograron mantener su supremacía, al menos desde el punto de vista cultural. Logrando prevalecer y seguir siendo reconocidos en este aspecto por las oligarquías de los países vecinos. Los periodos de estabilidad política que se sucedieron en Argentina y México a partir de 1880 condicionaron una cierta prosperidad económica, con ella la hegemonía y supremacía económica, política y social de ambos países quedó asegurada.

Naturalmente las relaciones entre los polos hegemónicos y sus inmediatos vecinos están lejos de haberse mantenido siempre cordiales. En el caso de Argentina, el polo hegemónico del polo sur participó en la guerra de la Triple Alianza para terminar con el interesante desarrollo independiente del Paraguay. Los incidentes entre Guatemala y México son múltiples, a propósito del Soconusco, y recuérdese que los problemas de delimitación de la frontera llevaron al régimen del general Porfirio Díaz a imaginar una solución radical del problema, previa la ocupación del país centroamericano por un ejército de 70,000 hombres.<sup>2</sup>

El surgimiento de la clase media en los centros hegemónicos y en otros países del subcontinente, a partir de la última década del siglo pasado no disminuyó las tendencias de liderazgo, por el contrario existen suficientes datos para pensar que salieron reforzadas. En efecto, si bien la clase media venía acompañada de algunas tendencias políticas democráticas en el plano interno, en el externo se constituyó como la mejor heredera de buena parte de los prejuicios y complejos de superioridad de las antiguas oligarquías que soslayaban las posibilidades de los países menores. Fenómeno que, gracias a la expansión de la misma clase, continúa hasta la actualidad. Curiosamente, también es la clase media la heredera de los más connotados complejos de inferioridad con respecto a los países desarrollados o grandes polos hegemónicos a los que se encuentran sometidos sus respectivos países.

A partir de 1910 la Argentina continúa su fortalecimiento económico y político, mientras México se vio obligado a replantear sus relaciones con algunos de los vecinos a consecuencia del movimiento popular nacionalista que sacudió sus estructuras. Posición que le valió no pocas simpatías de los pueblos vecinos y, en cambio, la animadversión y el recelo de las respectivas oligarquías locales. Los regímenes revolucionarios ofrecieron becas y otorgaron regalos a ciertos países como El Salvador (una radiodifusora) y Honduras (becas), tendientes seguramente a neutralizar la influencia profundamente antimexicana, de la oligarquía guatemalteca en los países del Istmo.

<sup>2</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México, La política exterior del porfirato*, México, 1960.

Habíamos dicho que nuestra hipótesis se basaba en la tesis del “equilibrio hegemónico”. Hemos hablado ya del concepto hegemónico. El criterio de equilibrio surge de hechos existentes en las relaciones de los dos polos hegemónicos entre sí, y de las relaciones de los mismos hacia países de la “periferia” del otro. En la práctica puede observarse que las relaciones entre Argentina y Guatemala son tradicionalmente cordiales y en ocasiones excesivamente cordiales, evidentemente en interés de ambos países, por razones de equilibrio. Particularmente, para contrabalancear los negativos efectos que surgen cuando Guatemala y su vecino del norte tienen dificultades. De la misma forma —y supuestamente por razones similares— las relaciones de México y Chile son tradicionalmente estrechas y cordiales con vistas a restablecer el equilibrio, en esta ocasión, dentro de lo que pudiera considerarse la esfera de influencia argentina. Se puede pensar y deducir que México ha convertido a dicho país en uno de los pilares de su política exterior latinoamericana.

Fuera de estas dos manifestaciones puede suponerse que tácita y explícitamente Argentina y México habían respetado sus respectivas zonas de influencia: México no intervendría esencialmente en Uruguay, Paraguay y Bolivia, recíprocamente Argentina no intervendría en Centroamérica y algunos países del Caribe. Como prueba de ello, sólo hasta fechas muy recientes las inversiones de empresas mexicanas empezaron a penetrar e interesarse en el territorio de los países mencionados, particularmente en Bolivia, por razones que explicaremos en el momento de referirnos a las relaciones con Argentina y Brasil.

## 2. *La política con respecto a Centroamérica*

Como hemos supuesto, la política de “equilibrio hegemónico” ha condicionado en cierta medida las relaciones mexicano-centroamericanas.

Se señala comúnmente que los intercambios comerciales entre México y Centroamérica son relativamente raquíticos. Alcanzando unos cuantos cientos de miles de dólares anualmente en artículos primarios centroamericanos en importaciones realizadas por parte de México, contra la compra de varios millones de dólares en artículos manufacturados y semimanufacturados mexicanos por parte de Centroamérica. Relación poco equitativa que los centroamericanos no han dejado de señalar. Sin despreciar otras fuentes de ingresos para México, como son el pago de asistencia técnica y servicios de muy diversa índole, que proporcionan empresas mexicanas en el mercado centroamericano. Además del renglón, muy poco conocido, de las inversiones de centroamericanos en México, entre las que pueden citarse las colocadas en títulos y acciones de empresas estatales mexicanas como las realizadas por miembros de las oligarquías centroamericanas en Nacional Financiera. Inversiones que se realizan, entre múltiples razones, por la “seguridad

de la inversión y la renta que proporcionan” según los propios términos de un inversionista.

En principio, la política de México con respecto al Istmo centroamericano podría dividirse en dos grandes temas: 1) La política seguida respecto a los intentos de formación de una unión política centroamericana derivada, a partir de 1952, en el intento de los países del Istmo y de la CEPAL por llevar a la práctica un ensayo de integración económica. 2) La política seguida bilateralmente con cada uno de los países centroamericanos. Aquí nos referiremos principalmente al primer caso en razón de no disponer aún de material suficiente para el segundo.

Los diversos intentos de formación de una federación política centroamericana no fueron muy bien apreciados por los dirigentes mexicanos del siglo pasado. Basados principalmente en razones estratégicas no veían con buenos ojos la formación de un país fuerte en su frontera del sur teniendo que lidiar ya con la gran potencia del norte y, obviamente, para hacer prevalecer más fácilmente el polo hegemónico propio. Por el contrario, los regímenes revolucionarios no apreciaron mal el intento de los centroamericanos de constituir una nueva federación en base a la Constitución Centroamericana elaborada por el Congreso Constituyente reunido en Tegucigalpa en 1922.

Con respecto a la posición mexicana hacia los proyectos recientes de creación de ensayos de integración económica no parece haber dudas de haber sido favorable. Estimulada como estaba la generosa idea por una institución a prueba de malas interpretaciones como lo ha sido la CEPAL en el cuarto de siglo de vida con que cuenta, y por participar en los proyectos un equipo selecto de técnicos entre las que se contaban algunos distinguidos economistas mexicanos. Es posible también que los dirigentes mexicanos tuviesen esperanza de que el ensayo de integración centroamericano se tradujese en un fortalecimiento de la posición de los países del Istmo frente a Estados Unidos. No olvidando que el predominio estadounidense en la subregión ha traído diversas dificultades y complicaciones políticas a México.

A partir de 1961 cuando el régimen del presidente John Kennedy decidió otorgar el apoyo estadounidense al sistema de integración centroamericano (que hasta esa fecha había sido visto con especial antipatía por el Departamento de Estado y los “lobbies” de Washington, especialmente por contraponerse a la concepción norteamericana de la “libre empresa”), México reiteró su apoyo moral al proceso aunque en iniciativas posteriores lo condicionó al sostenimiento que debían otorgarle empresas e iniciativas genuinamente centroamericanas. De este manera México siguió con cierto interés y simpatía la creación del Banco de Integración Centroamericana (BIC), cuya sede se estableció en Tegucigalpa en 1961, suscribiendo en el momento de su creación un crédito por 5 millones de dólares destinados a fortalecer el fondo común de la institución en acciones no preferentes. En abril de 1966 Antonio Carrillo Flores secretario mexicano de Relaciones Exteriores, dio a

la publicidad una declaración en la que afirmó que México no intervendría prestando auxilio diplomático a empresas mexicanas que eventualmente entrasen en conflicto con los gobiernos de los países centroamericanos en cuyo territorio realizaran operaciones. Aprovechando para recordarles que en caso de conflicto debían atenerse a los procedimientos legales internos en dichos países, así como que México había sido víctima de múltiples atropellos de parte de empresas apoyadas por las grandes potencias utilizando pretextos similares. Gestos de buena voluntad destinados a cosechar simpatías en el auditorio centroamericano.

Los procedimientos descritos se compaginaban con la política del presidente Gustavo Díaz Ordaz quien, en enero de 1966, realizó una gira por los países de la subregión. Durante la gira al presidente mexicano ofreció abrir el mercado de su país a la exportación de productos centroamericanos primarios y elaborados. Las discusiones para la determinación de los productos exportables al mercado mexicano se llevaron a cabo en la sede de la Secretaría General del Tratado para la Integración Económica Centroamericana (SIECA con sede en la capital guatemalteca) durando largo tiempo, sin que se tenga conocimiento de que hayan alcanzado resultados satisfactorios. Entre las razones del fracaso de las discusiones debe tenerse en cuenta: 1) la dificultad de encontrar artículos intercambiables entre economías no complementarias; 2) el problema, que se convirtió en insalvable, de otorgar tales ventajas a solamente artículos provenientes de empresas cuya dirección e inversiones estuviesen en manos de centroamericanos.

Después de la crisis del Mercado Común Centroamericano originada por la guerra entre Honduras y El Salvador, en agosto de 1969, la consiguiente paralización de los intercambios comerciales intracentroamericanos y de los mecanismos de integración, la crisis financiera de Costa Rica de 1970 y la salida de Honduras del Tratado de Integración Centroamericana en 1971, el prestigio de las instituciones comunitarias sufrió un fuerte colapso. No debe resultar extraño que la diplomacia mexicana haya vuelto sus ojos a las relaciones bilaterales con los miembros del esquema centroamericano de integración.

Ya hemos anotado que en el curso del actual régimen mexicano ha ocurrido un primer cambio de relaciones con América del Sur. Sin embargo, continuando la política del régimen predecesor hacia Centroamérica se invitó a los presidentes de los países del Istmo a visitar México. Deliberadamente se escogió para los encuentros un punto del sureste del país "más cercano de los centroamericanos", aprovechando de paso para salvar las suspicacias que pudiera ocasionar la visita del presidente Luis Somoza, visita que de todas formas debió ser pospuesta a causa de los acontecimientos del 10 de junio de 1971.

Prácticamente todos los presidentes centroamericanos en el curso de sus visitas coincidieron en afirmar que las relaciones comerciales de sus países con México estaban desequilibradas en favor de este último. Como era pre-

visible las entrevistas con los presidentes de Honduras, Nicaragua y Costa Rica fueron cordiales. En cambio la efectuada con el presidente Arana Osorio de Guatemala fue cortés pero fría. El nuevo presidente de El Salvador coronel Arturo Molina realizó una visita oficial a México en enero de 1973.

Desde la época del régimen del presidente Adolfo López Mateos voceros oficiales repiten constantemente que México no aspira a ocupar ningún liderazgo entre los países del subcontinente, concepto que obviamente se ratificó durante la visita de los presidentes centroamericanos a Yucatán. Sin embargo, el presidente José Figueres de Costa Rica aclaró en una entrevista de prensa que México sería y continuaría siendo líder aunque no se lo propusiera. Declaración que dio satisfacción a muchos espíritus de la clase media mexicana.

En este punto sería también interesante que se aclarara que entienden o han entendido algunos altos funcionarios mexicanos —como un subsecretario de Industria y Comercio del régimen de López Mateos y otros posteriores— en declaraciones en las que afirman que Centroamérica constituye el “mercado natural” de México o “nuestro mercado natural”. En materia de efectos psicológicos recordemos lo que han producido declaraciones similares en labios de funcionarios estadounidenses al respecto de México.

Debe señalarse que, en el caso de Guatemala, el peso de múltiples aprehensiones y malentendidos históricos se sobrepone a la existencia de relaciones más cordiales. Sin contar una cadena de incidentes históricos revividos por otros de los últimos tiempos, lo que aunado a los complejos de superioridad existentes en buena parte de la población mexicana con respecto al país vecino y diversos otros complejos manejados por la vieja oligarquía guatemalteca, podrían dar un cuadro aproximado de las razones del envenenamiento de las relaciones entre ambos países en diversas ocasiones.

Con base en lo anterior podemos afirmar que el clima general que priva en la opinión guatemalteca con respecto a México es de muy pocas simpatías generales y una marcada desconfianza hacia sus actitudes e iniciativas, que no son siempre las más felices.

El análisis de las relaciones entre México y Guatemala debe ser objeto de un profundo y concienzudo estudio particular que en este trabajo no podemos incluir. En el análisis no podrá obviamente olvidarse la influencia de Guatemala sobre el resto de la comunidad centroamericana, factor que en ocasiones parece haber sido subestimado por el gobierno mexicano.

En el curso de la última década los intereses mexicanos siguieron avanzando en la zona de influencia centroamericana. La relación que crean los estudiantes y becarios se amplió considerablemente. Para nadie es un misterio la existencia de varios miles de estudiantes centroamericanos en las universidades e institutos de educación superior del país, particularmente en las Universidades de México, Puebla, Veracruz y Guadalajara. Muchas empresas mexicanas han iniciado o ampliado actividades en Centroamérica así como participado en diversos trabajos públicos. Por su parte el Estado mexi-

cano también ha mostrado interés y, desde 1968, ofreció participar en la construcción de una siderúrgica en Honduras y en otros proyectos. La intervención pública mexicana más activa se llevó a cabo en la empresa FERTICA (Fertilizantes Centroamericanos) creada hace dos años con varias plantas en el Istmo, en la cual la asistencia técnica y la mayoría del capital quedaron en manos de la empresa Guanos y Fertilizantes del Estado mexicano. En diciembre de 1972 se oyeron voces en Guatemala, El Salvador y Costa Rica reclamando la mayoría de acciones de dicha empresa para los centroamericanos. Pocos días después, justamente la víspera de la visita a México del nuevo presidente de El Salvador coronel Arturo Molina, el gobierno mexicano anunció que traspasaba la mayoría de las acciones de FERTICA a capitales centroamericanos.

El problema ocasionado por el terremoto en Managua, que devastó la capital nicaragüense, el 23 de diciembre de 1972, trajo también algunas complicaciones internacionales a las que ya nos referimos, y ciertas sacudidas en el sistema de equilibrio de las potencias hegemónicas. Como es de todo mundo conocido, situaciones como ésta dan lugar a que las grandes potencias lancen sus vistosos programas de ayuda de emergencia acompañados de gran publicidad. Las medianas potencias también han entrado en la lid y aun países más pequeños se proponen seguir su ejemplo. En el caso de los países latinoamericanos Brasil y México se encontraron confrontados en ocasión del sismo nicaragüense. Una flota de aviones de la Fuerza Aérea Brasileña transportó equipos, medicinas, brigadas de auxilio y varias decenas de becarios nicaragüenses que estudian en las universidades del gigante latinoamericano, así como numerosos técnicos y especialistas, al tiempo que por mar se encaминaban provisiones y equipo más pesado. Los brasileños aprovecharon también en la ocasión las ligas financieras y comerciales que el Banco do Brasil tiene establecidas en el país y el resto de la región desde hace una década.

La intervención brasileña no tomó precisamente de sorpresa a México quien, por su parte, ya enviaba una flota de aviones conduciendo a un numeroso personal especializado en equipos técnicos y de socorro, lo que garantizaba su presencia en esos momentos, al tiempo que organizaba voluminosos envíos por vía marítima y algunos por vía terrestre. El gobierno del general Somoza repentinamente se vio rodeado de múltiples misiones técnicas representando a diversos países y organismos internacionales, cada una deseosa de presentar sus programas a fin de "reconstruir" la capital de Nicaragua. Misiones que, por otra parte, tampoco se avenían con los intereses de fraccionadores y especuladores nicaragüenses muy estrechamente ligados a las altas esferas oficiales del país. A fin de neutralizar las presiones externas el gobierno nicaragüense se inclinó por alentar la opinión de los representantes de los organismos internacionales, de la OEA y ciertos organismos especializados de Naciones Unidas, con lo que logró diplomáticamente apartar la insistencia de algunas misiones, entre ellas la mexicana.

México no pareció haber obtenido todo el éxito deseado para sus proyec-

tos técnicos en esos momentos, aunque desde otro punto de vista su presencia quedó asegurada de todos modos. Para ello recuérdense las estrechas relaciones que guardan con el país diversas empresas mexicanas que prestan sus servicios y colaboran realizando trabajos públicos, así como las ligas y lazos familiares existentes entre altos funcionarios y ejecutivos mexicanos con sus homólogos centroamericanos. Por ello, es posible afirmar que, en esa ocasión, el Brasil no tuvo todos los elementos para triunfar en una esfera de influencia que también es objeto de sus ambiciones.

### 3. Cuba

La política mexicana con respecto a Cuba tiene evidentemente sus fundamentos en su deseo de marcar cierta independencia internacional con respecto a Estados Unidos, aunque sin poner en duda en ningún momento sus ligas económicas con la potencia estadounidense. Política influida directamente o simplemente salpicada por los reajustes que se han dado en los equipos dirigentes mexicanos de los tres últimos periodos gubernamentales. Desde los primeros días de 1959, en el momento en que el gobierno revolucionario cubano se consolidaba, la izquierda y la derecha mexicana se disputaron la primera fila para prevalecer en la política que debía establecerse hacia el nuevo ensayo revolucionario latinoamericano, acogido con gran entusiasmo en los medios populares. Debe entenderse que tener la prioridad en la política con respecto a Cuba significaba en esos momentos mantener un gran poder de manipulación en el aparato de la política interna. Ninguno de los dos grupos estaba dispuesto a ceder y en consecuencia no se dejó deparar. El resultado fue un equilibrio que implicaba no un abandono esencial de los principios internacionales tradicionales (no intervención y autodeterminación de los pueblos, principalmente), continuando con las comunicaciones y relaciones diplomáticas normales (aunque las económicas sufrieron un descenso brusco hasta casi quedar anuladas), procurando no hacer una oposición muy entusiasta a fin de evitar que el vecino estadounidense tuviera las manos libres en materia de espionaje anticubano, contando con la visible simpatía de buena parte de la derecha mexicana y no pocos funcionarios públicos.

Por parte de los revolucionarios cubanos, resultando vitales las relaciones con México (único país latinoamericano que las mantenía) dieron muestras de realismo ante la posición mexicana y no se dejaron arrastrar hasta situaciones irreversibles (como lo deseaba ardientemente la derecha mexicana). Por ello se abstuvieron de repetir errores internacionales que no fueron de ninguna utilidad para nadie, como la suspensión de relaciones con Argelia, por problemas filosófico-personales de los dirigentes cubanos, en momentos en que Argelia disponía de una enorme influencia sobre los nacientes países africanos a consecuencia del triunfo de la revolución de independencia.

Por lo anterior no resulta extraño que las relaciones mexicano-cubanas hayan tenido vaivenes caracterizados por periodos de cordialidad sucedidos de estancamientos y de algunos sobresaltos. Estos últimos originados por incidentes, entre otros los derivados de la extrema dureza de las autoridades mexicanas al tratar a correos diplomáticos cubanos en el aeropuerto internacional. Hechos que curiosamente coinciden con los vaivenes de las posiciones que ocupaban las alas derecha o izquierda del equipo gubernamental.

En los últimos años, o sea los del actual régimen, el triunfo del ala progresista se ha reflejado también favorablemente en la posición mexicana hacia el régimen revolucionario cubano. Las posiciones de dureza mexicanas ante las cuales generalmente los cubanos debían ceder a fin de no deteriorar fundamentalmente las relaciones con México, fueron abandonadas para dejar paso a una posición mucho más ecuánime y de buena voluntad. Así, a últimas fechas hemos visto que México reconoció el derecho de los cubanos a conceder asilo diplomático a secuestradores aéreos mexicanos que realizaron los actos en territorio mexicano. En el precedente anterior, en 1970, durante el régimen del presidente Díaz Ordaz ante la negativa de los cubanos a extraditar a los secuestradores aéreos, México denunció el Convenio de Transporte Aéreo que lo ligaba a La Habana lo que virtualmente impedía el arribo normal de las aeronaves cubanas a México. También parece haber influido en la nueva posición mexicana, la pérdida del monopolio de las relaciones latinoamericanas con Cuba, que inició Chile en noviembre de 1970, continuó Perú en la primavera de 1972 y ha sido seguido por Argentina el 27 de mayo pasado.

Por otra parte una de las manifestaciones internacionales más favorables pro hijada por la nueva situación política interna de México, es la aceptación del principio chileno de las relaciones dentro de la "pluralidad ideológica" (citado por vez primera por el presidente Echeverría en su informe del 1º de septiembre de 1972) dejando virtualmente de lado el célebre planteamiento de la "incompatibilidad" del régimen marxista-leninista cubano con el sistema interamericano, tal como lo planteó en 1962 el entonces secretario de Relaciones Exteriores de México Manuel Tello en la reunión extraordinaria de cancilleres celebrada en Punta del Este en abril de ese año. No hay que olvidar que la afirmación hecha hace una década por México fue un triunfo notable del ala derecha del equipo gubernamental frente a los progresistas, que hasta entonces habían llevado la iniciativa.

La visita de una misión comercial mexicana a Cuba, a principios de marzo de este año, encabezada por altos funcionarios públicos es otro signo de los nuevos tiempos. La misión logró la firma de un convenio comercial ventajoso para ambas partes. No debemos soslayar que acompañando a los funcionarios públicos asistieron miembros de la iniciativa privada entre los que se contaban algunos de los que hace una década estaban entre los más tenaces y acérrimos denunciadores del régimen revolucionario cubano, y que

ahora significativamente no tuvieron empacho para que los dirigentes cubanos fuesen sus anfitriones.

#### 4. *Pacto Andino*

Una parte de lo esencial del tema podrá el lector encontrarlo en otro pequeño trabajo que hemos publicado.<sup>3</sup> Sin embargo, intentaremos actualizarlo a la luz de nuevos acontecimientos y materiales que han aparecido en los últimos cinco meses.

Aparentemente las relaciones entre México y los países andinos no debían presentar grandes diferencias dado que se encuentran en "tránsito" o en medio de las dos principales zonas de influencia latinoamericanas, y casos como los de Colombia y Venezuela escapan casi totalmente a la órbita argentina mientras la mexicana es ahí bastante atenuada, mientras en Chile como se recuerda se ha situado el pilar de las relaciones mexicanas en el hemisferio sur. Sin embargo, en Perú y aun en Ecuador no había dejado de manifestarse una cierta presencia argentina durante la primera mitad del presente siglo. Sea por principios de respeto a las zonas de influencia, sea por incapacidad mexicana o desinterés para proyectarse en dicha región, sea por el deterioro político argentino que se acentuó desde fines de la década de los años 50, lo cierto es que México no encontró útil empezar a manifestarse en Perú, Colombia, Ecuador, Venezuela, y muy recientemente, en Bolivia, hasta el inicio de la década de los años 60.

Desde esas fechas una serie de técnicos y empresas mexicanas empezaron a participar activamente en programas y contratos de construcción de obras públicas (de manera similar a como las mismas empresas lo hacían con el Estado mexicano). Programas que abarcan: construcción de presas, canales, carreteras, otros medios de transporte como el socavón del subterráneo de Santiago, tendido de oleoductos, y gasoductos trabajos que se situaban dentro de programas más amplios de desarrollo regional. Más recientemente las empresas mexicanas han participado en actividades más complejas de asesoría técnica relacionada con la industria y la entrega de equipo manufacturado. La entrada de México en la Primera Feria del Pacífico, realizada en Lima en 1960, con un pabellón al lado de los de las potencias industriales occidentales, ilustra el deseo de estar presente en otro país latinoamericano de la Cuenca del Pacífico, aparte de Chile, en el momento de la retirada del gran país del Plata ocasionada por sus desajustes internos.

Curiosamente, las iniciativas mexicanas se refieren todas a los países andinos mencionados, en los que la influencia argentina era mucho más re-

<sup>3</sup> Leopoldo González Aguayo, "La Política de México hacia el Pacto Andino", *Boletín del Centro de Relaciones Internacionales*, FCPS, UNAM, núm. 25, diciembre de 1972.

lativa. En cambio no se sabe de iniciativas mexicanas ni que empresas de este país trabajen o realicen actividades en Uruguay o Paraguay, y hasta los últimos meses no lo hacían en Bolivia. Con el país del altiplano andino se habían tenido que dejar en el olvido iniciativas con participación del Estado mexicano, como el convenio firmado por PEMEX en 1960 con la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), meses después y a consecuencia de la frustrada visita del presidente Adolfo López Mateos al país del altiplano andino, visita en la que se entrevistaría con el presidente Hernán Siles Suazo. Convenio en el que PEMEX debía participar financiando actividades de exploración, explotación y transporte y se comprometía a adquirir una parte de los crudos pesados extraídos de los yacimientos bolivianos de Santa Cruz Tenerife.

Ante los primeros intentos de los presidentes Eduardo Frei Montalva, de Chile, y Carlos Lleras Restrepo, de Colombia para formar un bloque económico que aglutinara a sus países con Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia, en agosto de 1966, México no reaccionó con gran entusiasmo. Sin embargo, su actitud fue reaccionando favorablemente a la idea a medida que los regímenes militares de Brasil y Argentina pasaron de la antipatía a la hostilidad por lo que se refiere al proyecto. Para entonces los andinos ya tenían en mente asignar a su proyecto de integración económica el papel de reductor de influencias políticas que consideraban perniciosas. Lo que explica las reacciones poco amistosas de los dos regímenes castrenses imperantes en sus grandes vecinos. Ante esta situación un acercamiento mutuo no era mal visto ni por los andinos ni por los mexicanos.

Desde luego, los países andinos mantenían serias reservas sobre la marcha de la ALALC y su propia evolución a partir de 1964, cuyos frutos económicos no eran de ninguna manera favorables a los países medianos y pequeños. Lógicamente, los andinos aspiraban a fundar una nueva estructura que fuese depositaria de lo fundamental de sus propios intereses y mantenerla en sus manos.

Con habilidad los países de la nueva agrupación, que pronto fue conocida como Pacto Andino, evitaron al mal humor de sus dos grandes vecinos sudamericanos haciendo que los mecanismos de la ALALC declarasen sus proyectos compatibles con el Tratado de Montevideo (al que no se propusieron abandonar). Tal como ocurrió con el Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores en su reunión celebrada en Asunción en octubre de 1967. En esa ocasión si bien la posición de México no fue totalmente favorable a ciertas pretensiones de los países con estructuras económicas menos favorecidas, su apoyo a las aspiraciones de los países andinos no tuvo ninguna duda y ello seguramente contribuyó a dulcificar la oposición de los militares argentinos y brasileños.

Durante la segunda mitad de 1968 se inició el periodo ambiguo de la diplomacia mexicana al que ya hemos hecho referencia. Durante el cual la derecha del aparato gubernamental tomó visiblemente la iniciativa. Bajo esta

consideración México trató de no malquistarse con su gran vecino del norte y en consecuencia no proporcionó lo mejor de su apoyo al nuevo ensayo nacionalista conducido por los militares peruanos. La persistencia de dicha política hasta 1971, alcanzó el primer año de funciones del actual régimen mexicano y afectó las relaciones del primer año de gobierno de la Unidad Popular chilena.<sup>4</sup>

El reflujo de la izquierda del aparato gubernamental sobrevino en la mañana del 10 de junio de 1971 según hemos anotado. Las proyecciones del nuevo reajuste de fuerzas —en el centro del drama—, no se hicieron esperar en política exterior. Abriéndose paso las tesis de apoyo a los movimientos populares latinoamericanos empezando por el chileno, el peruano y manifestaciones nacionalistas de los ecuatorianos. El viaje del presidente Echeverría a Santiago, en abril de 1972, para apoyar con su presencia el movimiento nacionalista chileno y asistir a la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, viaje efectuado en “contra” de la opinión de algunos asesores presidenciales, selló el acercamiento mexicano hacia las nuevas tendencias nacionalistas latinoamericanas.

El acercamiento con los chilenos ha tenido, además, muchos otros pronunciamientos al más alto nivel, como los que se dieron durante la visita a México del ministro chileno de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, en octubre de 1972. Durante su estancia, México y Chile acordaron la creación de una comisión mixta chileno-mexicana, se suscribió un convenio de intercambio técnico y cultural, se abrió un crédito al país andino por 25 millones de dólares para usarse en la adquisición de bienes mexicanos de consumo y de capital, y se analizaron los problemas del transporte entre ambos países. Aprovechando, las más altas autoridades mexicanas, del Ejecutivo y el Legislativo, hicieron una serie de pronunciamientos y gestos de absoluta cordialidad hacia el visitante y el movimiento popular chileno. Como todo mundo sabe, a la llegada del presidente Allende a México para su visita oficial de tres días, a fines de noviembre y primeros días de diciembre de 1972, el régimen mexicano no escatimó ocasión para testimoniarse su simpatía, dejando que el entusiasmo popular envolviera al visitante y obligando a ciertos sectores de la derecha a dejar en claro sus diferencias ideológicas para con el visitante aunque ratificándole su reconocimiento por el proceso democrático que encabezaba. Decididamente el sector de la izquierda gubernamental estaba en auge en esos momentos, y ni el enviado ex-profeso del presidente Nixon —el gobernador californiano Ronald Reagan— fue capaz de contrarrestarla.

El gobierno y la opinión pública chilena apreciaron mucho la actitud del jefe del Ejecutivo mexicano al disponer en la segunda quincena de mayo

<sup>4</sup> Leopoldo González Aguayo, “La Política Exterior de Salvador Allende”, *El Día*, marzo 7-8 de 1973. Ver también, “La política Exterior de la Izquierda chilena”, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, FCPS, UNAM, México, núm. 70, 1972.

de 1973, el envío inmediato "sin atender a las condiciones de pago y otros trámites" de dos buques de PEMEX conduciendo 270,000 barriles de gasolina, parafina y otros derivados que urgían terriblemente a los chilenos ante una descompostura temporal de la refinería de Concepción. Allende recordó (en Buenos Aires al asistir pocos días después a la toma de posesión de Héctor Cámpora) este gesto, así como la buena disposición de los mexicanos y argentinos para proveer a Chile de refacciones, materias primas y alimentos que el país requiere al tiempo que tropieza con graves dificultades para obtenerlos en sus mercados tradicionales, haciendo resaltar el "nuevo espíritu de solidaridad latinoamericana" y señalando precisamente como su representante al mandatario mexicano.

El canciller mexicano Emilio Rabasa, jefe de la delegación mexicana a la ceremonia de toma de posesión del presidente Cámpora, hizo una escala previa y otra posterior a su visita a Buenos Aires, en la capital chilena. Siendo invitado especialmente en Santiago por el presidente Allende, el 23 de mayo, a la ceremonia de investidura del nuevo canciller chileno Orlando Letelier al tiempo que a su predecesor Clodomiro Almeyda le era conferido el cargo de vicepresidente en el Palacio de la Moneda. Por su parte, el enviado por el presidente de México, Horacio Flores de la Peña, secretario del Patrimonio Nacional, llegó a Santiago el 26 de mayo, para conocer de las solicitudes chilenas de materias primas, combustibles y refacciones, utilizando el crédito de 25 millones de dólares abierto por México desde octubre pasado aumentado en la ocasión hasta 76 millones de dólares, y negociar la adquisición de minerales chilenos, como molibdeno y otros que interesan a México. Está por demás resaltar la cordialidad que tales iniciativas ha entrañado en las relaciones mutuas.

Es también conocido que la presencia simultánea en la capital argentina de los presidentes Allende, Dorticós, Bordaberry, el primer ministro peruano y numerosos cancilleres latinoamericanos respaldando la política argentina, no ha sido del agrado de Itamaratí.

Con respecto a Perú, el ministro de Relaciones Exteriores de México hizo, por primera vez, el elogio del régimen nacionalista que encabeza el general Juan Velasco Alvarado, en un discurso pronunciado en la capital mexicana en octubre de 1972, coincidiendo con el 4º aniversario de la toma del gobierno por los militares nacionalistas.

Con Colombia hubo ocasión de manifestar la nueva política en ocasión de la visita que realizó a México el ministro de Relaciones Exteriores de dicho país, Alfredo Vázquez Carrizosa, en marzo de 1973, para la firma de un convenio de cooperación técnica y cultural. Desde hace una década o poco más ingenieros y empresas mexicanas intervienen en el asesoramiento para la construcción de obras de irrigación y electrificación que comprende 10 presas dentro de un programa gubernamental. Desde agosto de 1972 los colombianos están interesados en la compra de algunas partes de vagones de ferro-

carril a la empresa estatal mexicana que los produce, esperando que dicha empresa intervenga con su asesoramiento para producir el resto.

En Ecuador, ingenieros y empresas mexicanas intervinieron en la construcción del oleoducto que partiendo de los yacimientos situados en la Amazonia ecuatoriana atraviesa la cordillera hasta encontrar el nuevo puerto de Esmeraldas en el Pacífico al norte del país, capaz de recibir tanqueros gigantes. También las empresas mexicanas participan en otros servicios menores, pero esperan obtener contratos mucho más ventajosos en cuanto se inicie el "auge del petróleo" del pequeño país andino, que no tardará en sacudirlo.

Con Venezuela las relaciones se mantienen normales, y los intercambios económicos, sin llegar a la espectacularidad, van en aumento. Sin embargo, algunos problemas aparentes de choques de intereses seguramente no habían mejorado las posibilidades existentes. En efecto, en ciertos círculos de la patria de Bolívar se tiene la impresión de que la presencia de México no permite a su país ocupar el lugar que le corresponde en el ámbito latinoamericano, especialmente en el área del Caribe. Esto se deja traslucir frecuentemente en las discusiones tras bambalinas, que normalmente realizan los países latinoamericanos para decidir los problemas de representación geográfica regional o subregional convocadas en reuniones internacionales como las del FMI con respecto a los problemas de la reforma monetaria internacional. Inclusive la elección del licenciado Antonio Ortiz Mena, ex-ministro de Hacienda de México, para suceder a Felipe Herrera en la dirección del BID implicó algún diferendo con Venezuela al derrotar al único candidato competidor, también un ex-ministro de Finanzas venezolano.

En fin, tampoco pareció haber mejorado mucho la imagen de México frente a la patria del Libertador a consecuencia de las declaraciones oficiales mexicanas, no desmentidas, en el sentido de no ver con simpatía el ingreso de ninguno de los tres grandes latinoamericanos al sistema de integración andino, pero tampoco el de Venezuela.<sup>5</sup>

El anuncio, el 29 de abril pasado, del viaje a México del ministro de Relaciones Exteriores venezolano Arístides Calvani para firmar convenios de intercambio técnico, científico y cultural entre ambos países, hacen pensar que se ha iniciado la apertura de México hacia la estratégica patria del Libertador.

Con Bolivia ya señalamos que la política ha cambiado muy recientemente. Primeramente, apoyando al país del altiplano andino en su reivindicación tradicional por obtener una salida al mar e interviniendo más activamente en la economía de la patria de Tupac Amaru. Esto último significa además un cambio en la política de contemporización con Argentina, cambio que, como veremos inmediatamente, se ha efectuado presumiblemente con el consenso de ambos países.

<sup>5</sup> Leopoldo González Aguayo, *La Nueva Proyección Internacional Venezolana*, en prensa.

Hemos hablado en breves líneas de la política bilateral llevada a cabo con cada uno de los miembros del Pacto Andino. Obviamente, la política seguida hacia las instituciones y autoridades comunitarias del Pacto es tan activa y entusiasta como puede ser la practicada bilateralmente en el caso de los chilenos.

La rapidez con que el actual régimen argentino del general Alejandro Lanusse desplegó su habilidad diplomática para encontrar apoyo entre los países andinos en su deseo de contener al Brasil, y a efecto de hacerse un lugar en el nuevo ensayo de integración subregional. La amenaza del Brasil mismo y el desencanto producido en los círculos políticos mexicanos por la terminación de la política del cierto trato especial hacia México de parte de Estados Unidos. Todos estos factores seguramente convencieron a los dirigentes mexicanos de que sus iniciativas bilaterales debían coronarse con un acercamiento de gran envergadura hacia las instituciones comunitarias. De esta manera, en negociaciones al más alto nivel se propuso a los andinos la firma de convenios de cooperación técnica, científica y financiera ventajosos para el nuevo ensayo de integración, así como la formación de una comisión andino-mexicana que discutiera los detalles del trabajo cooperativo que ofrecía México. Iniciativa que seguía las huellas de la entonces reciente formación de una comisión andino-argentina con propósitos similares, fundada en la sede del Pacto en agosto de 1972. El ministro de Relaciones Exteriores de México, Emilio Rabasa, se dirigió a la sede de la Junta del Acuerdo de Cartagena en la capital peruana, el pasado diciembre, a fin de poner en marcha los trabajos de la comisión mixta.

Huelga decir que la política mexicana ha sido muy bien acogida en los medios andinos al coincidir oportunamente con las aperturas políticas que ambicionaba el Grupo y contribuir a reforzar sus posiciones. A su vez el ingreso parcial de México al Pacto se facilitó por el impulso que recibió de parte de los dirigentes peruanos y chilenos.

No obstante, las relaciones de México con los países del Pacto Andino, quienes durante los últimos dos años han encabezado buena parte de las posiciones más radicales del subcontinente, han dejado traducir la existencia aún de diferencias dentro del equipo dirigente mexicano. Así, por ejemplo, en 4 reuniones internacionales que se han sucedido casi simultáneamente durante el mes de marzo de 1973 [1) reunión de representantes de empresas petroleras estatales latinoamericanas, en Quito; 2) reunión para conmemorar el XXV aniversario de la CEPAL, en Quito; 3) reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en Panamá; 4) reunión extraordinaria de la OEA para conocer de los proyectos de reforma a la organización, en Washington], el gobierno mexicano llevó su posición más radical en la primera reunión, donde estuvo significativamente representado por el secretario del Patrimonio Nacional, Horacio Flores de la Peña, cuyas declaraciones fueron equiparables a las de los países exportadores de hidrocarburos con posiciones más nacionalistas y radicales. En los otros tres casos, en especial las reuniones

de Panamá y de Washington, los delegados mexicanos (el secretario de Relaciones Exteriores en Panamá y el representante permanente de México en la OEA en la reunión de Washington) apoyaron las posiciones radicales encabezadas por los andinos, especialmente Colombia en la reunión de Panamá y Venezuela, Perú y Chile en la reunión de la OEA, pero sin hacer excesivo énfasis en sus posiciones. Así se encontraron posiciones de principio comunes con los andinos como la de inclusión de la tesis de la "pluralidad ideológica" en el estatuto de la OEA, pero se opusieron enérgicamente a otras iniciativas encabezadas por chilenos y peruanos como la que preveía el cambio de la sede de la Organización, aliándose a la posición de Brasil, Paraguay, Bolivia, Nicaragua y Haití, en este caso.

De lo anterior podemos deducir que la idea de hacer de la política exterior de México un "puente" entre países desarrollados y subdesarrollados, y por ende, entre posiciones antagónicas en este caso del subcontinente, no ha sido abandonada por buena parte de los dirigentes mexicanos.

## 5. *Argentina*

Hemos señalado que para México han existido una serie de razones políticas que condicionaban las relaciones con el gran país del Plata, y que por lo general, aunque las relaciones tradicionales no eran excesivamente cordiales se mantenían en grados de normalidad.

Según hemos indicado mientras México mantenía sus relaciones con Chile en un grado elevado de cordialidad, Argentina, en curiosa reciprocidad las ha mantenido en el mismo grado con Guatemala. Apoyos mutuos existentes entre el vecino de México y el gran país del Plata que han tenido otros estímulos externos como la oposición de ambos a Gran Bretaña con motivo de la reclamación de territorios que ambos reivindican a la antigua potencia colonialista (Belice por parte de Guatemala e Islas Malvinas por la patria de San Martín).<sup>6</sup> La alianza antibritánica se ha reforzado recientemente con la entrada de Venezuela que, a su vez, reclama el enorme territorio de Essequibo (250,000 km<sup>2</sup>), actualmente bajo la soberanía de Guyana pero que los venezolanos reivindicaban desde que Guyana era colonia de la corona británica. El bloque de Argentina, Guatemala y Venezuela logró impedir la en-

<sup>6</sup> Tradicionalmente Guatemala y Argentina en momentos de conflictos de uno y otro países con Inglaterra al respecto de los territorios en disputa u otros problemas correlacionados, el apoyo mutuo no se hace esperar. Así en ocasión de las prácticas militares navales que Inglaterra decidió efectuar en Belice, a principios de 1972, Guatemala protestó enérgicamente ante el Reino Unido al tiempo que solicitaba el apoyo de México. México no se apresuró a responder a la solicitud de su vecino centroamericano, Argentina en cambio le otorgó su respaldo sin mayor dilación. Pocos meses después en la visita que hizo a Guatemala el canciller argentino Eduardo Mc Loughlin se ratificó la disposición de ambos países por recuperar los territorios detentados por Inglaterra.

trada de Inglaterra como observador permanente de la OEA a principios de 1973.

Un ejemplo ilustrativo de las cordiales relaciones existentes entre Guatemala y Argentina nos lo da el incidente de los pesqueros mexicanos sorprendidos operando en aguas guatemaltecas del Pacífico, en los últimos días de 1958. Como se sabe, una de las primeras medidas de represalia guatemalteca fue denunciar el sistema de comercio inequitativo existente entre ambos países, al tiempo que se decretaba un gravamen del 400% a las importaciones procedentes de México. Significativamente las autoridades guatemaltecas llamaron entonces al embajador de Argentina para que su país abasteciera de una serie de productos al país centroamericano, originalmente importados de México.

En el seno de la ALALC México también fue visto con cierta antipatía por los intereses argentinos tradicionales, quienes lo catalogaron como una especie de intruso en sus antiguos mercados. Actitud de celos que duró toda la década anterior.

Sin embargo, en los últimos meses Argentina y México están a punto de pasar de una política de competencia a una política de colaboración. A ello parece haber estado destinada la visita del canciller argentino Eduardo Mc Loughlin a la capital mexicana, en enero de 1973, a fin de entregar una estatua de San Martín al pueblo de México, y la entrevista que el general Juan Domingo Perón solicitara al presidente Echeverría a principios de abril de 1973 en París.

Al definirse aún más las nuevas tendencias no hay duda de que ganaría peso la tesis del establecimiento de una nación "puente" entre desarrollados y subdesarrollados. Papel que también los argentinos ambicionan para su país, designándolo como la aspiración a que sea reconocido el "papel significativo" de su patria en la escena internacional y el área latinoamericana.

Pocos días después de la entrada al gobierno, en marzo de 1971, el régimen del general Alejandro Lanusse decidió iniciar una política de conquista de simpatías entre los países latinoamericanos en base a la solidaridad y nuevas relaciones basadas en el "pluralismo ideológico" propuesto por los actuales dirigentes chilenos. Simpatías que se volvieron una necesidad imperiosa dentro de la política de contención de la expansión brasileña decidida por el grupo de oficiales que encabeza Lanusse. Las entrevistas del mandatario argentino con Guillermo Pacheco Areco, del Uruguay, con el general Alfredo Stroessner, del Paraguay, con el coronel Hugo Bánzer Suárez, de Bolivia, pero sobre todo las dos entrevistas celebradas con Salvador Allende, de Chile, con el presidente José María Velasco Ibarra, de Ecuador, con el general Juan Velasco Alvarado, de Perú, con Misael Pastrana Borrero, de Colombia, y el presidente Rafael Caldera, de Venezuela, entre junio de 1971 y febrero de 1972, para culminar con la visita a su colega el general Emilio Garrastazu Medici, en Brasilia, el 15 de marzo de ese año, no pasaron desapercibidas para los dirigentes mexicanos, quienes seguramente encontraron

algún estímulo en ello para que el presidente Echeverría iniciara su acercamiento con América del Sur manifestándolo con el viaje a Santiago, precisamente en el mes de abril de 1972, cuando Lanusse terminaba 10 meses de febril actividad diplomática.

Las dificultades políticas, sociales y económicas de la patria de San Martín resultan demasiado evidentes para no suponer que juegan como lastre que impide al país del Plata reaccionar con sus mejores fuerzas para atajar la penetración del Brasil en su antigua zona de influencia; particularmente en Paraguay y Bolivia,<sup>7</sup> y rechazar la política brasileña de dominio de las fuentes de ríos internacionales como el Paraná.<sup>8</sup> Hechos que aunados a la penetración económica en Centroamérica acelerada en los últimos tiempos por el gigante latinoamericano, deben haber pesado en el ánimo de los dirigentes mexicanos para salir a enfrentar el desafío y aceptar las proposiciones argentinas de unirse al gran frente "antihegemónico". Después de la visita del ministro argentino Mc Loughlin a México, en enero pasado, la multiplicación de gestos amistosos entre ambos países, y por parte de funcionarios mexicanos la creciente reiteración de declaraciones en favor de la lucha contra "todo tipo de supremacía" confirma el consenso existente entre ambos países y su voluntad de lucha común, dada prácticamente por la primera vez en la historia de las relaciones, con la posible liquidación de añejas rivalidades y prejuicios mutuos.

Se puede avanzar la hipótesis de que a causa del deterioro argentino este país ha dado su acuerdo tácito para que México realice inversiones en Bolivia, en ciertos renglones como los minerales cuyos yacimientos no han caído aún en manos de empresas brasileñas para su explotación, lo que significa librar a Argentina de ver paulatinamente estrecharse el cerco de la dependencia brasileña como ya ocurre con el hierro para las siderúrgicas argentinas proveniente hasta hoy de yacimientos brasileños. Curiosamente a fines del año pasado las autoridades bolivianas decidieron cancelar la firma de un acuerdo con Argentina para la explotación del enorme yacimiento de hierro del Mutún, situado muy cerca de la frontera brasileña y no lejos de la de Argentina. Proyecto anulado no obstante que preveía la explotación y transformación del mineral en el propio sitio del yacimiento y otras concesiones interesantes de la parte argentina.

No sería tampoco una sorpresa si intereses mexicanos participaran directa

<sup>7</sup> En febrero de 1973 el ala más progresista del ejército uruguayo se impuso a las fuerzas civiles de la derecha y al ala tradicional de la marina, para iniciar una política de reformas internas "antiimperialistas" y "antihegemónicas", lo que pareció haber detenido radicalmente la política de simpatías hacia el régimen militar brasileño del general Guillermo Pacheco Areco y el actual presidente Juan Ma. Bordaberry. En un contragolpe dado en julio el ala más conservadora del ejército auxilió al presidente Bordaberry para desalojar del escenario político a civiles y militares progresistas.

<sup>8</sup> Leopoldo González Aguayo, "Brasil, Argentina y las Zonas de Influencia en América Latina", *El Día*, marzo 19, 1973.

o indirectamente en el abastecimiento de hidrocarburos para cubrir el déficit del país del Plata, dado que en buena parte de los yacimientos bolivianos de Santa Cruz ha puesto la mano la Petrobras.

## 6. *Brasil*

La política seguida por México hacia el gigante latinoamericano demuestra una tendencia histórica a mantener relaciones normales pero no necesariamente acompañadas de un particular entusiasmo. Hasta el inicio de la década de los años 60 las relaciones de México hacia Estados Unidos y Europa, y del Brasil hacia las mismas fuentes de poder y aún hacia los países del cono sur, tenían prioridad incontestable sobre la importancia que ambos países concedían a sus mutuas relaciones.

Al unirse México a los proyectos de integración regional, en particular la creación de la ALALC a principios de 1960, y como resultado de la habilidad del régimen mexicano encabezado por el presidente Adolfo López Mateos, Brasil al igual que todos los países latinoamericanos se sintió halagado por las iniciativas sinceramente amistosas del nuevo presidente mexicano. Los dirigentes brasileños reaccionaron inmediatamente a las iniciativas mexicanas y el recibimiento tributado al mandatario mexicano durante su visita a Río de Janeiro para entrevistarse con el presidente Juscelino Kubitschek, en enero de 1960, fue uno de los más entusiastas de la gira por Sudamérica.

Brasileños y mexicanos se entendieron rápidamente. Así para nivelar el déficit de la balanza comercial favorable a México por las compras masivas que hacía el gigante latinoamericano de azufre y otras materias primas mexicanas, México decidió pasar un contrato de compra de 10 buques petroleros y cargueros construidos en astilleros brasileños, así como adquirir bienes de capital como tornos y maquinaria brasileña.

La caída del régimen de Joao Goulart, en abril de 1964, y su substitución por un régimen militar inclinado hacia la derecha radical deterioró las relaciones políticas entre ambos países, las que se enturbiaron aún más al decidir los dirigentes brasileños suspender las compras de azufre mexicano cediendo su abastecimiento a empresas estadounidenses con yacimientos en Texas. Maniobra en la que prevalecían abiertamente los intereses norteamericanos. En represalia México canceló los contratos de adquisición de los buques en momentos en que las unidades deberían empezar a entregarse.

A partir de entonces la cordialidad alcanzada durante 4 años en las relaciones entre ambos países desapareció. A medida que la política expansionista brasileña se fue perfilando y la inquietud de sus vecinos fue en aumento, los dirigentes mexicanos han aprovechado algunas ocasiones y reuniones para manifestar su oposición a las pretensiones brasileñas. En ese sentido se sitúan las declaraciones del subsecretario de Relaciones Exteriores de México, Rubén González Sosa, en el momento de firmar en Lima el acuerdo para la

formación de la Comisión Mixta Andino Mexicana en octubre de 1972, reprochando las tendencias hegemónicas existentes en la región.

Como ya hemos señalado en la parte referente a Centroamérica la sorprendente intervención del Brasil en Nicaragua aprovechando el sismo que devastó la capital de la patria de Rubén Darío originó una aguda rivalidad entre México y el gigante latinoamericano. Controversia bastante visible a causa de la premura de ambas naciones por asegurarse los programas de reconstrucción. Aquí debemos señalar que el actual régimen de Guatemala busca activamente un estrechamiento de relaciones con el actual régimen castrense brasileño, visiblemente a fin de encontrar nuevos apoyos contra la presión de su "vecino del Norte", iniciativa recibida entusiastamente en Brasilia y que, en cambio es vista con gran recelo en los medios políticos mexicanos.

Por su parte, el Brasil lejos de abandonar la idea de desalojar de ciertas regiones a sus rivales y aislarlos, en particular a la Argentina desde fines del año pasado se ha propuesto salir al paso del país del Plata en Venezuela, haciendo gestos amistosos en favor de la patria del Libertador. Actitudes iniciadas con la visita del ministro brasileño del Plan Reies Veloso a Caracas, en diciembre de 1972. Proseguidas por la entrevista del general Emilio Garrastazu Medici con el presidente Rafael Caldera el 20 de marzo pasado en la frontera de ambos países. En vías de ser reafirmadas por la visita que hará a Venezuela el ministro brasileño de Relaciones Exteriores, Mario Gibson Barbosa, visita que se prolongará a Colombia, Ecuador, Bolivia y Paraguay a fines de mayo y principios de junio próximo.

Hasta el momento Argentina lleva la delantera a los militares brasileños en el acercamiento con la estratégica patria del Libertador, dado que tanto el presidente Rafael Caldera como el general Alejandro Lanusse y su sucesor el presidente Héctor José Cámpora figuran como abanderados de las tesis chilenas de la "convivencia dentro de la pluralidad ideológica". Principios que son justamente la antítesis del concepto sostenido por los militares brasileños que propugna las "fronteras ideológicas" para todo el subcontinente lo que permitiría, aseguran los militares brasileños, "librarlo del comunismo". Además de que tanto argentinos como venezolanos han decidido aumentar sensiblemente los intercambios comerciales y perfeccionar los mecanismos para llevarlo a cabo.

Sería inteligente que México se acercara también a Venezuela, de manera similar a como lo ha hecho la Argentina. A fin de contrabalancear las posiciones políticas brasileñas sobre el primer exportador de hidrocarburos latinoamericano, y la influencia que previsiblemente los brasileños tratarían de ganar entre los medios castrenses venezolanos. El anuncio de la próxima visita a México del ministro de Relaciones venezolano Arístides Calvani podría ser el preludio del amplio entendimiento que se espera entre México, Venezuela y Argentina.

### 7. *Uruguay*

En el caso del Uruguay, desde la caída de los regímenes democráticos y su substitución por regímenes civiles de derecha radical, las relaciones bilaterales perdieron un cierto interés para México, coincidente con el abandono de Uruguay de buena parte de su política exterior independiente.

Sin embargo, como sede del Tratado de la ALALC la capital uruguaya se había convertido en un lugar de gran actividad para los mexicanos.

Hay suficientes datos para pensar que, desde hace decenios, los uruguayos hubieran querido ver a los mexicanos tomar una mayor iniciativa económica dentro de sus fronteras a fin de contrabalancear la presión de su gran vecino argentino. En el último lustro los regímenes derechistas uruguayos encontraron un estupendo aliado en el régimen brasileño para sus aspiraciones, aunque con ello dieron ocasión para que este último tuviera vía libre para sus planes de penetración.

Sin que nadie lo supusiera previamente, el ala progresista del ejército se impuso a los civiles y militares de la derecha en un forcejeo ocurrido en febrero pasado. Desde entonces trata de hacer avanzar una línea reformista nacionalista más inclinada al criterio de la convivencia internacional dentro del pluralismo ideológico. Significativamente en su próximo viaje el canciller brasileño evitará Montevideo en su gira no obstante el criterio de política de "buena vecindad" que le otorga el gigante latinoamericano, a un año justamente que el presidente Juan Ma. Bordaberry le externó sus profundas simpatías al "sistema brasileño".

Obviamente éste sería también un muy buen momento para que México se presentara en Montevideo.

### 8. *Paraguay.*

No obstante el régimen que impera desde hace casi dos decenios en Asunción, las relaciones con México se han mantenido normales. Evidentemente ambos países han tendido a evitar los motivos de fricción lo que no es muy difícil ya que se reducen a diversos criterios simplemente políticos, dada la distancia entre ambos países.

Por el momento, la creciente influencia brasileña que ha encontrado buen apoyo en el régimen del general Alfredo Stroessner y el alejamiento progresivo de la órbita argentina no ofrecen hasta la fecha una coyuntura favorable para que México pueda manifestarse activamente.

### 9. *Jamaica, Guyana, Trinidad y Tobago, Barbados y Belice*

Jamaica y Guyana fueron objeto de la atención especial del régimen del presidente Adolfo López Mateos. En la actualidad las 4 ex-colonias del

imperio británico son objeto de interés del actual régimen. La posición avanzada y progresista en el terreno internacional que muestran tres de estos países podrían ser objeto de mayor atención por parte de México de continuar el ala liberal del grupo gubernamental mexicano influyendo como lo ha hecho en los últimos dos años, evitando que el ala conservadora lleve la iniciativa en este nuevo nudo de relaciones del Caribe, proyectando los intereses que mantiene en Centroamérica aletargando y neutralizando iniciativas más progresistas.

Como todo mundo sabe, en el caso de Belice los pronunciamientos deben hacerse con sumo cuidado dadas las susceptibilidades de Guatemala en el asunto. Durante el régimen del presidente Adolfo Ruiz Cortines, México se decidió en la Asamblea General de las Naciones Unidas por una solución que contemplaba la autodeterminación del pueblo beliceño con respecto al futuro de su territorio, posición que le valió vivos ataques y críticas de la parte guatemalteca. Durante el régimen del presidente López Mateos hubo una política muy amistosa hacia el territorio en momentos en que alcanzaba una cierta autonomía con respecto a la corona británica. Política de cordialidad que liquidó el régimen sucesor quien se propuso acercarse más a Guatemala. Esta última posición quedó decidida en la famosa frase del presidente Gustavo Díaz Ordaz incluida en una declaración hecha en la capital guatemalteca durante su visita al país vecino, en enero de 1966, al afirmar: "entre la amistad de un pueblo y un pedazo de tierra, vale más lo primero". La "amistad" a la que se refería el mandatario mexicano era la del pueblo guatemalteco, y el "pedazo de tierra" era Belice.

Aunque en la actualidad existen mucho más contactos entre beliceños y mexicanos por la carretera existente entre ambos países, y mejores comunicaciones acuáticas y aéreas, la concepción del Ejecutivo mexicano con respecto a Belice establecida por el Presidente Díaz Ordaz no parece haber cambiado sustancialmente.

#### 10. *La política con respecto a la OEA, el BID y la Alianza para el Progreso*

La política de México hacia los organismos interamericanos mencionados constituye uno de los mejores testimonios de la existencia de las dos corrientes fundamentales dentro del equipo gubernamental mexicano. Política en la que eventualmente prevalece alguna de las dos grandes alas sobre la otra, coincidiendo particularmente con problemas suscitados por diversas coyunturas internacionales, lo que les permite imponer su sello al proceso.

Mientras la OEA respondió con absoluta fidelidad a los designios de Washington, México se encerró en su posición legalista —lo que coincidía con la política de Washington hacia México que podríamos catalogar de admisión de puntos de vista diferentes sostenidos por "amigos" en posición minoritaria dentro de la Organización interamericana. Esa actitud permitió

a México esgrimir en el exterior una digna posición y dar satisfacción en el interior al grupo gubernamental más liberal. Sin embargo, la derecha interna con amplio auxilio de presiones externas obtuvo un triunfo evidente en el momento en que México propuso en 1962 la famosa tesis de la "incompatibilidad" del régimen revolucionario cubano con el sistema interamericano, durante la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores interamericanos celebrada en Punta del Este en abril de ese año. Sin embargo, un par de años después la izquierda obtuvo una nueva concesión (de consolución) al decretar el Presidente Adolfo López Mateos la negativa de su país a poner en práctica las resoluciones de la Organización adoptadas por mayoría en 1964 que preveían la suspensión de relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba.

Un año después, en el momento en que la marina estadounidense ocupaba la República Dominicana a fin de ahogar un movimiento popular, con el triste apoyo del entonces secretario general de la OEA José Ma. Mora, el presidente Gustavo Díaz Ordaz con amplio apoyo de la izquierda y el ala derecha moderada condenó severamente la política estadounidense de intervención en la reunión de apertura de las sesiones bianuales de la CEPAL, celebrada en México en esa ocasión. Las declaraciones del mandatario mexicano, sostenidas firmemente por Gabriel Valdés ministro chileno de Relaciones Exteriores, dieron origen a un pequeño incidente con Raúl Prebisch entonces presidente de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, al declarar no estar de acuerdo en que la reunión de CEPAL se convirtiera en un debate político.

En abril de 1967, aunque no exactamente dentro de la égida de la OEA, la izquierda gubernamental mexicana seguía en auge en política exterior, al presentar el presidente Díaz Ordaz en la reunión de presidentes americanos realizada en Punta del Este, proyectos de integración del subcontinente para "beneficio de los latinoamericanos". Posición expofeso fijada en presencia del presidente estadounidense Lyndon Johnson.

En 1968, al barajarse distintos nombres de candidatos aspirantes a la sucesión del secretario general de la OEA, México no externó ninguna simpatía por el candidato ecuatoriano propuesto de antemano por Washington: Galo Plaza, rico terrateniente tecnócrata que había hecho sus estudios en Estados Unidos, a quien obviamente se le identificaba demasiado con la política estadounidense. La ciudad de México explicó suficientemente que, poco después de su designación, Galo Plaza se trasladara a la capital mexicana para entrevistarse y ofrecer seguridades sobre sus criterios a los dirigentes mexicanos, especialmente al ala izquierda. Para la opinión pública mexicana no enterada comúnmente de los episodios que rodean las luchas tras bastidores, fue una sorpresa ver al nuevo secretario general condenar la política de amenazas que Washington llevó a cabo desde fines de 1968 hasta los primeros meses de 1969 contra Perú, Ecuador y, en cierta medida, contra

el régimen chileno de Eduardo Frei por los procesos nacionalistas reivindicativos iniciados por dichos países. Como ya hemos citado anteriormente, la derecha mexicana había conseguido para entonces la iniciación por su país de una política de “repliegue” que lo alejó paulatinamente de los movimientos nacionalistas latinoamericanos mientras contemporizaba con la nueva administración estadounidense del presidente Nixon. En noviembre de 1970, Plaza daba nuevas muestras de no ser “el mejor hombre de Washington” al no hacerse partícipe totalmente de las tesis del Departamento de Estado en el sentido de que el régimen chileno de la Unidad Popular debió haber consultado a la Organización antes de restablecer unilateralmente relaciones con Cuba en desconocimiento de las resoluciones de 1964.

Las nuevas posiciones de la OEA iniciadas por la administración de Plaza no han ahorrado a su grupo severas críticas de parte de Chile, Perú, Colombia pero sobre todo Venezuela a propósito de la gestión de la Organización, como ocurrió en la reunión de ministros convocada en Washington en abril de este año, a efecto de conocer de proyectos de reestructuración de la institución. México, por boca del presidente Echeverría, el secretario de Relaciones Exteriores Emilio Rabasa y el representante permanente de México ante la Organización Rafael de la Colina, apoyó las reformas de reestructuración de la OEA y la necesidad de volver a contar en su seno con todos los países del continente (bajo el criterio chileno de la “convivencia dentro del pluralismo ideológico”), pero se opuso terminantemente a los proyectos chilenos y peruanos de cambiar la sede de la organización, aunque dejó entender moderadamente que apoyaba el proyecto de formación de un bloque latinoamericano dentro de la Organización independiente de los Estados Unidos.

Desde la creación del BID y la elección de Felipe Herrera como director del mismo en 1959, México no manifestó especiales sentimientos y su posición fue en general favorable a la institución, hasta la reunión anual celebrada en Guatemala en abril de 1969. En esa ocasión, el secretario mexicano de Hacienda Antonio Ortiz Mena apoyado por los ministros de Hacienda de los países centroamericanos, hizo una severa crítica a la gestión del Banco, acusándolo de “discriminación subregional” en el otorgamiento de los créditos al no atender debidamente las solicitudes presentadas por la región norte de la comunidad latinoamericana. Al terminar la reunión Felipe Herrera se trasladó discretamente a la capital mexicana, viaje en el cual se aceleró la aprobación de algunos créditos que interesaban a México.

A fines de 1970 Felipe Herrera externó sus simpatías por el régimen naciente de la Unidad Popular en su país. Paralelamente los dirigentes estadounidenses se apresuraron a poner en duda la gestión y la honestidad del profesor chileno en la dirección del BID. Ante una campaña desatada, Herrera apresuró su salida al tiempo que México proponía como candidato a la sucesión a Antonio Ortiz Mena (quien había renunciado al ministerio de

Hacienda en agosto de 1970). Candidatura que fue aplaudida entusiastamente por el presidente Nixon, y tal vez por esto último Herrera tuvo que ayudar a salvar ciertas susceptibilidades despertadas en el auditorio latinoamericano por este motivo en contra del antiguo ministro de Finanzas mexicano.

Ortiz Mena tomó posesión de la dirección del BID en una ceremonia realizada en la subsele del Banco en Buenos Aires, a fines de febrero de 1971. A juzgar por la prensa mexicana, tanto de los grupos de izquierda como de la derecha gubernamental, la elección del antiguo secretario de Hacienda era un "triumfo" para México presentado como reconocimiento a las virtudes de su política exterior. Sin embargo, en abril de ese mismo año, Ortiz Mena tuvo que enfrentar en Lima, a su turno, las críticas peruanas y chilenas de "discriminación" por presiones enderezadas sobre la institución por uno de los miembros del Banco: los Estados Unidos, cuyo peso financiero le confiere un tutelaje sobre la institución. Lima obtuvo primero unos pequeños préstamos y después (en septiembre de 1971) un apoyo mucho más sustancial para sus programas de construcción de presas con fines de irrigación y generación de energía eléctrica. No obstante, las críticas arreciaron el resto de ese año durante todo 1972 y en lo que va de 1973. Críticas a las que se han unido países como Venezuela, y recientemente Argentina, Paraguay y Jamaica, tal como ocurrió en la reunión celebrada en Kingston a principios de mayo del presente año. Ortiz Mena se vio obligado en Lima, en mayo de 1971, a hacer profesión de fe latinoamericanista, a su vez el 8 de mayo pasado declaró en Kingston que la situación que se reprocha a la institución que preside no se debía "en lo absoluto" a la política de la institución sino exclusivamente a "su obligación de plegarse estrictamente a las normas jurídicas de su carta". Dando a entender que "la única razón de que Chile no haya obtenido un solo préstamo en los dos últimos años se debe a la oposición de Estados Unidos". En respuesta los delegados chilenos y peruanos propusieron el día 9 una revisión de la estructura del BID a fin de restar a la institución la posibilidad de seguir actuando como instrumento de la estrategia política de una nación en detrimento de otras con las que la misma sostenga conflictos bilaterales, y devolver a la institución su carácter multilateral (*El Día*, México, mayo 9 y 10 de 1973).

Por razones obvias el gobierno de México se ha abstenido de hacer comentarios directos sobre el problema, aunque en términos generales está acorde con la posición chilena y peruana. Dentro de esta óptica el secretario de Hacienda de México, Hugo B. Margain apoyó en Kingston la política del BID de hacer ingresar 18 nuevos miembros a fin de limitar el peso estadounidense y aumentar el poder de maniobra del Banco.

El apoyo prestado por México a la Alianza para el Progreso desde su nacimiento, en la Conferencia de Punta del Este celebrada en abril de 1961, fue evidentemente para colmar en buena medida los deseos y aspiraciones de la derecha interna y el interés estadounidense. Como se recordará, la

Alianza proponía la realización de programas globales de desarrollo preparados por los propios países latinoamericanos signatarios del Tratado. Lo que México objetó alegando haber tenido más éxito en su práctica de llevar a efecto dentro del país programas limitados de desarrollo regional o proyectos específicos sobre programas nacionales globales. Posición que México mantuvo en el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso hasta que el presidente Nixon declaró oficialmente “muerta” a la Alianza el 31 de octubre de 1969.

### *Conclusiones*

1. Contra lo que comúnmente se piensa y afirma, la política de México con respecto a la América Latina presenta una serie de variantes, tanto por regiones como por países. E intervienen en ella factores políticos circunstanciales del propio México, de la América Latina y de los Estados Unidos.

2. Para explicar el análisis utilizamos la hipótesis del “equilibrio entre los polos hegemónicos” del subcontinente, que nos permite explicar el hecho de la existencia de las dos zonas de influencia en la región: la mexicana y la argentina.

3. El “equilibrio de los polos hegemónicos” tradicionales se ha visto perturbado por la aparición de nuevos factores de poder: el surgimiento del Brasil con una política externa agresiva y la formación del Pacto Andino.

4. México y Argentina ensayan nuevas fórmulas de equilibrio y entendimiento inclusive la de la nación “puente” entre el mundo desarrollado y los pueblos menos favorecidos del mundo subdesarrollado. Incliniéndose por acuerdos mutuos y nuevas alianzas entre los dos países o la formación de un eje del Atlántico a “tres” incluyendo a Venezuela.

5. La posibilidad anotada anteriormente se uniría a la estrategia de acercamiento que México ya practica con los países latinoamericanos de la costa del Pacífico, cuyo pilar central lo constituye Chile desde hace tiempo. Política que queda aunada con la correlativa que Argentina piensa seguir en la misma región, apremiada por los dirigentes chilenos y peruanos en ocasión de la asunción del presidente Cámpora.

6. El reajuste que México efectúa desde junio de 1971 en sus relaciones con el subcontinente viene al encuentro de un reajuste similar que Argentina también efectúa.

7. Las relaciones con Centroamérica siguen guardando aspectos todavía tradicionales. Sin embargo el desafío del Brasil en el Istmo es posible que convenza a México del replanteo de sus relaciones con los pequeños países de la subregión del Istmo a fin de estar en posibilidad de contrarrestar definitivamente la influencia negativa brasileña.